voz interior me advierte que vuestra justicia podrá reprocharme todas estas calamidades porque en mis días de grandeza y de poder no reprimí la licencia del pueblo y de la irreligión, fuente de todos esos males; porque yo mismo he dado armas á la herejía triunfante, favoreciéndola por medio de leyes que han duplicado su fuerza y la han dado audacia para atreverse á todo.

¡Oh Jesucristo, divino Redentor! De todas nuestras iniquidades en vuestro Corazón quiero depositar la efusión de mi alma atribulada. Imploro en mi socorro el tierno Corazón de María, augusta protectora y Madre mía, y la asistencia de San Luis, mi patrono y el más augusto de mis abuelos.

„Abríos, Corazón adorable, y por las manos purísimas de mis poderosos intercesores recibid con bondad los votos de satisfacción que la confianza me inspira, y que os ofrezco como expresión humilde de mis sentimientos.

„Si por bondad infinita de Dios llegare á recobrar la libertad, mi corona y mi poder real, prometo solemnemente:

„1.° Derogar lo más pronto posible todas las leyes que me sean indicadas por el Papa, por un Concilio, ó por cuatro Obispos de entre los más ilustres y virtuosos de mi reino, como contrarias á la pureza y á la integridad de la fe, á la disciplina y á la jurisdicción espiritual de la santa Iglesia católica apostólica y romana, y muy especialmente la *Constitución civil* del clero.

„2.° Adoptar, de acuerdo con el Papa y los Obispos de mi reino, las medidas conducentes á establecer, según las prescripciones canónicas, UNA FIESTA SOLEMNE EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, que se celebrará perpetuamente en toda la Francia el VIERNES SIGUIENTE Á LA OCTAVA DEL CORPUS, y terminará con una procesión general en reparación de los ultrajes y de las profanaciones cometidas en nuestros santos templos durante la revolución, por los cismáticos, los herejes y los malos cristianos.

„3.° Ir yo mismo en persona, á los tres meses de recobrada mi libertad, á la iglesia de Nuestra Señora de París, ó al templo principal del lugar donde yo me encuentre, y PRONUNCIAR un domingo ó día de fiesta, al pie del altar mayor, después del Ofertorio de la Misa y en manos del celebrante, UN ACTO SOLEMNE DE CONSAGRACIÓN DE MI PERSONA, DE MI FAMILIA Y DE MI REINO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, con promesa de dar á todos mis súbditos el ejemplo del culto y de la devoción que son debidos á este Corazón adorable.

„4.° Construir y decorar á mis expensas, en la iglesia que para ello elija, dentro de un año, contado desde mi libertad, UNA CAPILLA Ó UN ALTAR DEDICADO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, y que sirva de testimonio eterno de mi reconocimiento y de mi confianza sin límites en los méritos infinitos y en los tesoros inagotables de gracia que encierra ese Corazón sagrado.

„5.° Por último, RENOVAR CADA AÑO, en el lugar donde me encuentre y el día en que se celebre la fiesta del Sagrado Corazón, EL ACTO DE CONSAGRACIÓN EXPRESADO EN EL ARTÍCULO TERCERO, y asistir á la procesión general que seguirá á la Misa de ese día.

„¡OH CORAZÓN ADORABLE DE MI SALVADOR, que me olvide de mi mano derecha y que me olvide de mí mismo, si alguna vez olvidare vuestros beneficios y mis prome-

sas, si dejase de amaros y de poner en Vos mi confianza y mi consuelo!„

Tal fué la consagración de Francia al Corazón de Jesús hecha por los labios, ó más bien, por el corazón del rey mártir. ¿Quién no comprende que la palabra de la Bienaventurada había llegado hasta Luis XIV, y se transmitió como un secreto, como una esperanza para la hora del peligro? En el acta de Luis XVI está, en efecto, todo cuanto pedía Margarita María: una consagración de Francia al Corazón de Jesús, un templo nacional edificado de orden del rey como un monumento eterno de esa consagración; en fin, una fiesta y una procesión solemnes el viernes siguiente al de la Octava del Corpus. ¿Cómo habrían podido saberse todas estas cosas, si no se hubiese conocido la revelación hecha por Dios á la Bienaventurada? Sólo allí están contenidas, puesto que no se encuentran ni siquiera indicaciones en ninguna historia de Margarita María, y, lo que es todavía más extraño, las ignoraba la Visitación misma hasta estos últimos días. Por lo mismo, esas cosas tan recientemente descubiertas las conoció el rey en 1791, y prometió cumplirlas cuando recobrara su trono. Lo prometió en nombre suyo, de la familia real y de Francia. ¿No habrá más tarde ó más temprano quien honre y ejecute lo que autorizó aquella firma real?

Una vez subscripta esa consagración, Luis XVI la envió á su confesor el P. Hébert, quien temeroso de que tal acta se perdiese, inmediatamente hizo sacar de ella varias copias. El se quedó con una, y las otras se distribuyeron en medio de mil peligros entre las familias cristianas. Gracias á esta precaución, el venerable confesor de Luis XVI pudo morir heroicamente pocos

días después, envuelto en los asesinatos del 2 de Septiembre, sin que su martirio ocasionase la pérdida de un documento tan precioso. Al mismo tiempo comenzaron á distribuirse de mano en mano y de calabozo en calabozo, pequeñas imágenes del Sagrado Corazón, signo de contradicción para unos, de esperanza para otros. Bien pronto esas imágenes fueron ostentadas por los vendeanos en los campos de batalla. ¿Las habían recibido del Temple? ¿Conocían la consagración de Luis XVI? ¿De donde les venía tal inspiración? ¿Quién pudo decirles que Dios quería, no solamente un templo nacional y una consagración nacional, sino también que el Corazón de Jesús apareciese en las armas y en los estandartes de Francia? Sabido es que cuando se alzaron en armas Henri de la Rochejaquelein, Lesucre, Charette y Catherineau llevaban en el pecho una imagen del Corazón de Jesús. Esto era lo último que Dios había pedido á la Bienaventurada. Los vendeanos acabaron la obra de Luis XVI [1].

1 Insisto en el hecho de que las cartas de la Bienaventurada que contienen la revelación relativa á Francia, han permanecido ocultas hasta nuestros días en los archivos de la Visitación; que no las conocieron los historiadores, ni el P. Croisset, ni Mons. Languet; que ni los *contemporáneos* mismos hicieron mención de ellas; que ningún documento impreso ó escrito llegó á citarlas, y que, sin embargo, Luis XVI, en el fondo de su prisión, prometió ejecutar precisamente todas las cosas que se contienen en esa revelación. Si sólo se hubiese tratado de una consagración general al Corazón de Jesús, podría explicarse tal vez por la presencia del P. Hébert, superior de una congregacion tan adicta al Sagrado Corazón. Pero no; la consagración tan minuciosa de Luis XVI fué tomada de las cartas de la Bienaventurada, cuyos términos reprodujo el monarca. Y puesto que el original de esas cartas acaba de ser descubierto en los archivos de donde jamás salieron, preciso es que el rey haya tenido una copia de ellas, la que á su abuelo Luis XIV envió la madre de Saumaise. Sólo así puede explicarse aquella consagración.

¿Por qué no aceptó Dios la consagración de Francia hecha por manos tan puras, salida de un corazón tan digno? Con sorpresa se hace uno de pronto esta pregunta; mas la respuesta aparece luego. No aceptó Dios esa consagración, porque el día en que se verificó, Luis XVI no era ya el rey de Francia, sino un cautivo; porque si los vendeanos eran héroes ciertamente, no eran la Francia misma; porque ésta, en vez de proclamar la consagración de Luis XVI, le arrastraba al cadalso, y en lugar de unirse á los vendeanos, los fusilaba. No existió, pues, el homenaje nacional que Dios había exigido.

En estas circunstancias acabó el siglo XVIII. Cuando se le mira desde lejos para contemplarlo mejor, se advierten dos especies de Francias; una que sufre y otra que hace sufrir; la Francia de las víctimas y la de los verdugos. Sobre aquéllas, para sostenerlas y consolarlas, brilla el Corazón de Jesús. En cuanto á los verdugos, ¡también ellos adoraban un corazón! En la sombra amenazadora en que se ocultan ó en medio de la siniestra luz que los alumbra, se les ve arrodillados ante el corazón de Marat.

¡El Corazón de Jesús ó el corazón de Marat! De esta manera se planteó la cuestión á fines del siglo XVIII, y no cesa hasta hoy de plantearse así; pero es forzoso que llegue un día en que se decida definitivamente.

CAPITULO XVII

PRIMEROS FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS.—LA IGLESIA DE FRANCIA SE REANIMA AL CALOR DE LOS RAYOS DEL SAGRADO CORAZÓN.

BEATIFICACION DE MARGARITA MARIA

Jam hiems transiit; imbert abiit et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra; vox turturis audita est, vineae florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.

Pasó el invierno; cesaron ya las lluvias; comienzan á brotar las flores en nuestra tierra; se escucha el arrullo de las tórtolas; los viñedos esparcen su fragancia. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

(Cant. II, 14.)

Poco á poco iba surgiendo de entre las sombras la Bienaventurada, y se remontaba hacia la gloria, sosteniéndola su muy Amado [1]! Mientras que la devoción al Corazón de Jesús no fué aprobada por Roma, la humilde Margarita permaneció en la obscuridad; mas ahora ya es tiempo de que suba á los altares, para que la glorificación de la *Reveladora* acabe de hacer brillar la divina belleza de la *Revelación*.

1 Cant., VII, 5.